

El encuentro

José Antonio Panero

Ilustración: Gómez Domingo

Venid cuando el otoño destrabe sus caballos tojos en los montes de Balouta y en Campo del Agua o libere a los caballos de fuego que retiene en Leiroso y Sanvitul; venid cuando el otoño espante a latigazos de oro los caballos amarillos que apacienta en las riberas del Boeza y del Urdiales y del Noceda y del Sil, los caballos de vino de las márgenes del Cúa, los vaporosos caballos de purpurina de las orillas del Burbia. Venid entonces al Bierzo. Buscad una atalaya en El Acebo, subid al mirador de Corullón, encaramaos a los tejados de pizarra de Santalla... Recogeos y escuchad. Tal vez así empecéis a comprender la química de mi alma en el exilio. ¿Qué veis, qué oís? ¿Qué veis más allá del incendio de oro que propagan los alazanes en su huida? ¿Qué oís por debajo del fragor de sus cascos? Yo os lo diré: estáis viendo una tierra imprescindible. Y eso que oís son voces del corazón ausente. Es la voz de Antonio González-Guerrero que llora por «volver a Amalur, la tierra prometida», es Antonio que vuelve «a ese Bierzo frutal de su suicidio» y quiere que lo entierren con el Burbia, si se llevan el río. ¿Y esa otra voz litúrgica, disfrazada de profana? Abrid bien los oídos, porque canta la antífona más triste y melancólica del otoño en el Valle del Bierzo que se haya cantado nunca. Es la dulce voz de Mestre, la voz suavemente atormentada de Juan Carlos Mestre, que nació aquí, «junto a las altas lilas del verano», duro de corazón, según él dice, pero que tiene el corazón y el alma tiernos como la piel de un recién nacido, que tiene el corazón y el alma cosidos a esta tierra con palabras perfumadas de mirto, y, en la necesaria ausencia, canta al recuerdo. Le dictaban los ángeles.

Esta tierra es sacramental, imprime carácter, y, cuando se pierde, cuando se aleja uno de ella, sólo es posible recuperarla con palabras. Palabras de piedra para no morir, como las palabras, ¿no las oís?, de mi otro Antonio, el lúcido fabricante de historias, el de la barba cana y los ojillos maliciosamente miopes, Pereira, las palabras transparentes de Antonio Pereira, que descubre poetas de taberna que escriben versos inspirados como «Lenta es la luz del amanecer en los aeropuertos prohibidos» y después no saben seguir, que descubre Picassos en el desván y barberas alemanas perdidas en el camino jacobeo y violinistas de la Sinfónica de Bratislava, «de lánguida melena», violinistas que «a lo mejor se llaman María o Claudia» y ni siquiera sospechan

que en la sala de conciertos hay ojos de perro en celo que las buscan... Palabras, palabras, palabras. Cuentos y cantos para no morir. La palabra académica de D. Valentín García Yebra, que traduce a Aristóteles y a Ovidio como quien bebe agua...

Venid en el otoño al Bierzo, con el mosto nuevo, no es mala estación, pero yo no estaré aquí. Yo tengo que siempre ancladas la memoria y la nostalgia en los desarropados jardines del invierno. Oh, sí, cuando el invierno suelta los perros de la niebla desde las Colinas del Campo de Martín Moro, desde Peñalba, desde Trabadelo, los perros de la lluvia del Valcarce y del Oza, cuando la jauría boreal avanza con los colmillos enfundados en hielo hacia Ponferrada, mi corazón corre gozoso detrás de los mastines invernales, porque sólo con ellos recupero la impagable memoria del pasado.

Cierro los ojos para ver mejor. La ciudad era entrañablemente fea. Al alba, en invierno, la ciudad se limpiaba en los castaños del Pajariel los humores legañosos de carbonilla y niebla que le empañaban la mirada. Subía del negro río, Rañadero arriba, un hálito sulfúreo y fosforescente que iba a perderse, por un lado, en las paredes del convento de las monjas de clausura y, por otro, en las casuchas bajas que, como excrecencias calcáreas, le crecían al castillo. A veces, el castillo de los Templarios flotaba materialmente en la boira entero y verdadero, como un galeón sin brújula en medio del océano. Otras veces era la Basílica la que, trasfiguraba, levitaba sobre sus cimientos y salía volando por el aire, envuelta en un sudario vaporoso. En la plaza de la Encina, tres o cuatro mujeres exponían su mísera mercancía de escarolas ateridas junto a un brasero de leña. En una esquina, bajo los soportales, Fidel, el churrero, freía churros y despachaba rápidas copitas de orujo a albañiles y carboneros madrugadores. En los cristales de las casas, el frío dibujaba a tiralíneas gardenias congeladas.

Una mañana así tuvo lugar mi encuentro con ella. Fue la primera y única vez que la vi en mi vida. Regresaba yo a casa, a hora temprana, cumplidos mis deberes de primer acólito en la parroquia. Era la mañana un espejo empañado de vaho. Atrás habían quedado la Basílica, el castillo y la iglesia de San Andrés flotando, ingravidos, en el éter. Enfilé la calle del Hospital. La calle del Hospital era entonces -y sigue siendo ahora- lóbrega y estrecha. Ni un alma transitaba por ella a aquella hora. Sólo vi a lo lejos, como difuminado entre algodones, el burro renco de la panadera de San Lorenzo que se alejaba, camino de la vía. Doy gracias infinitas al cielo por haber



sido el único testigo de la maravilla. Había alcanzado ya las tapias de los huertos con berzas gallegas y guindos desolados que conducían a mi casa, cuando de pronto la vi salir por el portón del hospital que hoy lleva su nombre. Vestía de negro y oro. Bajo la rica cofia de encaje me pareció descubrir una guedeja rubia. A su alrededor fue surgiendo un enjambre de pajes, palafreneros, arcabuceros, damas de compañía y ministrantes. Me acerqué sobrecogido a uno de los lacayos y pregunté tímidamente:

- ¿Quién es esa principal señora? ¿Quiénes son ustedes?

- ¿Y quién eres tú, muchacho -me respondió el criado-, que no conoces a Su Serenísima Majestad doña Isabel de Castilla, reina de todas las Españas?

Como herido por el rayo, hiqué la rodilla en tierra y arrastré por el suelo la mirada. Cuando, al cabo, volví a elevar, atónito, mis ojos hacia ella, Su Majestad, augusta en su pálida belleza, me devolvió el saludo con una leve sonrisa. O así me pareció entonces. Oí que alguien la urgía a regresar a la corte por un asunto relacionado con las Indias recién descubiertas. Después, ella y todo su séquito se volatilizaron en el aire, tragados por la niebla. La voz de un amigo de mi padre que iba a buscar repollos a la huerta me sacó del letargo:

-Pepín, ¿qué haces ahí de rodillas? ¿Estás tonto o qué? Anda, levanta, te vas a quedar tieso.